

4. LA CUESTIÓN DE LA TENTACIÓN

26 de abril de 2014

Estudio de la Semana: Santiago 1:13-18

Pr. Bernardo Ignacio Ferreira Júnior

TEXTO BÁSICO

“Que nadie, al ser tentado, diga: ‘Es Dios quien me tienta’. Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie”. (Stg. 1:13, NVI)

INTRODUCCIÓN

La cuestión del origen del mal siempre ha sido muy controvertida y rodeada de misterios. De hecho, tal vez no sea relevante lograr un conocimiento completo sobre cómo el mal llegó a existir, pero debemos tener conciencia de que es real y presente en los seres humanos y, consecuentemente, en las relaciones que se establecen entre sí.

Es necesario, entonces, que se tenga una comprensión madura de lo que es, por ejemplo, el mal citado por Jesús en la oración “Padre nuestro” (Mt. 6:13), o cuando en su oración sacerdotal intercede por sus discípulos, rogando al Padre que para que no sean quitados del mundo, **“sino que los guardes del mal”** (Ju. 17:15). Comprender estas expresiones de Cristo como una referencia a una especie de escudo contra los accidentes, lesiones, enfermedades o cualquier tipo de problemas es demostrar una comprensión errónea, en la medida en que los discípulos claramente no se libraron de estas situaciones. Esto nos lleva a concluir que Jesús hablaba de otra especie de mal, es decir, aquel que habita en el corazón, y allí encuentra alimento para fortalecerse y dominar al sujeto, volviéndolo un ser lleno de tinieblas.

Una persona madura es perseverante en las pruebas. Una persona inmadura convierte las pruebas en tentaciones. Las pruebas son enviadas por Dios, y las tentaciones son trampas enviadas por Satanás.¹ Alguien dijo que las pruebas son situaciones que Dios permite que sucedan para que podamos madurar y acercarnos a Él; y las tentaciones son trampas que Satanás pone en nuestro camino para alejarnos de Dios. El secreto de la victoria es discernir entre ambas.

Es en este contexto que se tiene este elemento llamado “tentación” que actúa fundamentado en ese mal básico que habita en la humanidad.

DE DONDE NO VIENE LA TENTACIÓN

Santiago, en su Epístola, nos enseña, en primer lugar, de donde no viene la tentación. Él dice: **“Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie”** (1:13). Lo que vemos en esta afirmación es que existe el riesgo en los cristianos de pensar que es Dios quién los induce al pecado, cuando pasan por momentos difíciles. Al fin, ¿no es Él el soberano absoluto de la historia, quién reina sobre nuestras decisiones individuales?

¹ WIERSBE, Warren W. *Comentario bíblico expositivo: Novo Testamento*, v. 2. Santo André: Geográfica Editora, 2006, p. 441.

Santiago tuvo conocimiento de que, bajo presión, algunos cristianos estaban siendo tentados a atribuir sus debilidades y deseos por el pecado a Dios. Entonces él determina que los cristianos paren de decir: “**Es Dios quien me tienta**”, como si la tentación tuviera origen en Él. La construcción griega del imperativo negativo expresa una orden para suspender una acción en curso.

Las razones dadas por Santiago, en su argumentación, son dos:

La primera razón es que “**Dios no puede ser tentado por el mal**”; y esto no es difícil de entender porque “**Dios es luz y en él no hay ninguna oscuridad**” (1Ju. 1:5), o sea, nada que pueda contaminarlo o causar alguna mancha en su carácter. En su santidad y justicia perfecta y plena, Dios es completamente inmune, blindado y a prueba de la tentación.

El pecado es una imposibilidad moral en Dios. La santidad de Dios no es relativa, antes es absoluta. Dijo el profeta Habacuc: “**Tus ojos son demasiado puros como para mirar el mal. Serías incapaz de observar la maldad**” (Hab. 1:13, PDT). El mal es una imposibilidad absoluta para Dios, no que Él quiera cometerlo y no pueda, pero en el sentido de que su santidad absoluta es incompatible con todo lo que choca con su carácter santo. Siendo Dios tan opuesto al mal y al pecado, nadie puede echar a Él la culpa de las tentaciones en las cuales está involucrado.²

La segunda razón es que la culpa de la tentación no puede ser atribuida a Dios porque “**ni tampoco tienta Él a nadie**”. Algunas personas les gusta citar Génesis 22:1, donde algunas versiones, como la Biblia de Jerusalén, traen estas palabras: “**Después de estas cosas sucedió que Dios tentó a Abraham...**”. Resulta que en este caso la traducción más correcta es “probó”, y así lo hacen las modernas versiones bíblicas.

Santiago hace una determinación para la cual no hay excepción: nadie debe atribuir a Dios el origen de la tentación cuando fuere tentado. Las tentaciones sobrevienen a todos. Ellas proceden de nuestra naturaleza corrompida, que es estimulada por Satanás y el mundo. Sin embargo, no proceden de Dios. No nos engañemos pensando que Dios nos conduce al mal. No nos disculpemos de nuestros pecados, culpando a Dios. Él no tienta a nadie. De Él solo viene lo que es bueno y nunca lo malo. Ciertamente Dios no desea que caigamos en la tentación. Sin embargo, no nos ahorra de la experiencia de ser tentados. No somos indemnes al pecado; para madurar, debemos enfrentar las pruebas y tentaciones.³

Toda obra de Dios es para regenerar al hombre para que reanude su imagen y semejanza, y si Dios está interesado en la salvación plena del hombre, ¿cómo trabajaría contra sus propios fines, suscitando tentaciones en aquellos que desea rescatar exactamente del mal que estas producen?

DONDE NACE LA TENTACIÓN

Santiago, entonces, nos muestra dónde nace la tentación. Él dice que “**cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido**” (1:14).

² COELHO FILHO, Isaltino Gomes. *Tiago, nosso contemporâneo: um estudo contextualizado da epístola de Tiago*. 2. ed. Rio de Janeiro: JUERP, 1990, p. 42.

³ WIERSBE, Warren W. *Op. cit.*, p. 441.

Aquí Santiago identifica el origen de las tentaciones. Nadie es tentado por Dios, antes todo ser humano es tentado por su propia codicia y no hay ninguna excepción a esta verdad.

Es interesante que Santiago no menciona aquí la actuación de Satanás, el tentador, aunque más tarde él enseñe a los cristianos a resistir las tentaciones del diablo (4:7). Sobre los hombros del diablo se han colocado muchas culpas que son voluntaria y decididamente nuestras. Él destaca que la tentación se origina en nosotros y, por tanto, somos los responsables por el pecado que cometemos. La expresión “**cada uno**” corresponde a “todo mundo”. Por tanto, todo mundo es tentado por su propia codicia. Lo que Santiago está diciendo es que cada uno de nosotros tiene una naturaleza inclinada al mal.

De hecho, el intento de culpar a Dios en los procesos de la existencia no es más que una repetición del acto arquetípico de Adán y Eva, cuando ambos transfirieron la responsabilidad de sus acciones a otros. El hombre tiene una tendencia de huir de la culpa, o de encontrar un culpable para sus desgracias. Sin embargo, el Evangelio nos confronta y nos hace asumir la responsabilidad de nuestras acciones, señalándonos la existencia de la codicia y demostrando que es de dentro que emana lo que es capaz de contaminarnos (vea Mt. 15:1-21). En contacto con tal verdad y constreñidos por el amor de Cristo, solo nos queda el arrepentimiento y la urgente búsqueda por la gracia de aquél que nos perdona y santifica para su alabanza.

Santiago no sólo ve el pecado como un acto, sino como un proceso que se desarrolla en cuatro etapas. Veamos cada una de ellas.

La primera etapa es el mal deseo o codicia (1:14). Santiago dice que somos tentados por nuestra propia codicia o lujuria. La palabra griega es *epitumia*, que significa el deseo intenso o ardiente, pasión, deseo. Esto es algo similar a lo que Sigmund Freud denominó “pulsión”. Esta palabra no necesariamente tiene un sentido de deseo malo e impuro. Pero, podemos transformar un deseo legítimo en un deseo pecaminoso, cuando empezamos a desear lo que no puede ser nuestro, o cuando queremos satisfacer un deseo fuera de la voluntad de Dios. Por ejemplo: comer es normal, pero la glotonería es pecado. Dormir es normal, pero la pereza es pecado. Sexo en el matrimonio es normal, pero el sexo fuera del matrimonio es pecado. Los deseos deben estar bajo control y no en el control.⁴ Debemos controlar los deseos, no estos a nosotros. Incluso cuando Pablo menciona el fruto del Espíritu Santo, cita el autocontrol como una característica de la nueva criatura.

Nuestros deseos por placer evolucionan en cuatro etapas. La primera, más básica, se refiere a los deseos por alimentos, salud, sexo y familia. Estos son los deseos fundamentales para nuestra supervivencia. La segunda etapa es la aspiración por riqueza. Aquí pensamos que el dinero garantiza la supervivencia y la buena calidad de vida. La tercera etapa es la búsqueda de honor y poder. Nos gusta controlar a los demás. En la cuarta etapa aparece el deseo de conocimiento. Aquí pensamos que el tener conocimiento nos hará felices.

⁴ WIERSBE, Warren W. *Op. cit.*, p. 442.

La codicia no es algo momentáneo. Surge después de ser acariciada, y de ser alimentada a través de pensamientos. Este deseo, cuando es muy fuerte, tolerado y estimulado, nos impulsa a pecar.

La segunda etapa es el engaño (1:14). Santiago dice que el deseo intenso nos atrae y nos seduce gradualmente. Nos sentimos atraídos de una forma seductora. Santiago dice que **“cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido”**. Esas dos últimas palabras son interesantes. Según los comentaristas, Santiago está haciendo uso de la metáfora y utiliza dos figuras para ilustrar el engaño de la tentación: la figura del cazador que usa una trampa (atrae) y la figura del pescador que utiliza el anzuelo con la carnada (seduce).

Es en ese momento que las percepciones son embotadas por la apariencia atractiva de lo que se desea, al igual que en el caso de la caída humana en Génesis 3:6, que dice: **“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría”**. Esto es un arquetipo, es decir, un modelo primitivo que nos muestra una realidad que se repite a través de los siglos, es decir, la atracción de los seres humanos por lo que presenta la seducción en su apariencia o en las palabras de Juan: los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida (1Ju. 2:16).

La tercera etapa es el pecado consumado (1:15). Santiago nos dice que la codicia es la madre del pecado, al desear erróneamente satisfacer los sentidos. Él dice: **“Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”** (1:15). Santiago cambia la imagen de la trampa y del gancho para la figura del nacimiento de un bebé maldito, llamado “pecado”. Cuando respondemos a la codicia con nuestra voluntad, la reunión de las dos embaraza la codicia con el pecado. Este proceso se narra de la misma forma en el Antiguo Testamento (vea Job 15:35; Sl. 7:14; Is. 59:4).

La vida cristiana es una cuestión de voluntad, no de sentimientos. He oído a menudo a los cristianos decir: “No siento ningún deseo de leer la Biblia” o “no tengo deseo de participar del culto de oración”. Los niños viven en función de sus sentimientos, pero los adultos actúan de acuerdo con la voluntad. Ellos hacen algo porque saben lo que es correcto, independientemente de lo que están sintiendo. Esto explica por qué los cristianos inmaduros a menudo caen en la tentación: dejan que sus sentimientos tomen las decisiones. Al ejercitar la voluntad y decir un “no” categórico a la tentación, Dios controla nuestra vida.⁵ El apóstol Pablo dice: **“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”** (Fl. 2:13).

El mal viene de dentro del hombre. Este no es una víctima del destino ni producto del medio. Dentro de nosotros vive la corrupción que distorsiona el sentido de nuestra existencia, y contra esto es preciso pelear todos los días. Pablo dijo que disciplinaba diariamente su propio cuerpo, para no ser descalificado ante Dios (1Co. 9:27), es decir, él controlaba el impulso que habita en los miembros humanos, y que nos obliga a hacer el mal que no se quiere hacer (vea Rm. 7).

⁵ WIERSBE, Warren W. *Op. cit.*, p. 442.

La cuarta etapa es la muerte (1:15). Santiago dice que la codicia, “**después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte**”. Aquí vemos la genealogía del pecado. La codicia es la madre del pecado y abuela de la muerte. Pablo dijo que “**la paga del pecado es muerte**” (Rm. 6:23). Observe que en este pasaje Santiago demuestra en términos dramáticos como la codicia, personalizada como mujer, concibe del deseo humano, queda embarazada del pecado y genera un hijo, la muerte, que en seguida mata su padre. La Nueva Traducción Viviente así traduce ese mismo texto: “**De esos deseos nacen los actos pecaminosos, y el pecado, cuando se le deja crecer, da a luz la muerte**” (1:15). Es una cadena de eventos: la codicia trae la tentación que concibe y da a luz el pecado, que es cometido y trae la muerte (vea Rm. 6:23; Gl. 6:7,8).

EL CARÁCTER DE DIOS

Para asegurar a sus lectores que el mal no procede de Dios, en forma de tentaciones, Santiago hace una breve exposición del carácter santo y misericordioso de Dios. En cuanto a eso, los cristianos no deberían ser engañados: de Dios sólo procede el bien.

Teniendo en cuenta el carácter de Dios, ¿al respecto de qué aquellos hermanos no deberían engañarse? Santiago responde de la siguiente manera:

En primer lugar, Dios es todo bueno. Santiago dice que “**toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto**” (1:17). La Nueva Traducción Viviente afirma categóricamente que “**todo lo que es bueno y perfecto desciende a nosotros de parte de Dios nuestro Padre**”. “Alto” se utiliza aquí como una sustitución para “Dios”. Aunque Santiago utilice en repetidas ocasiones el nombre de Dios en su carta, era una práctica común a los judíos sustituir el nombre divino por otra forma de expresión.

Santiago presenta aquí dos hechos acerca de la bondad de Dios:

1. Dios da sólo cosas buenas. El término “dádiva” viene del griego *dosis* y se refiere al acto de dar un regalo. A su vez, la palabra “don” proviene del griego *dórema* y significa dádiva o beneficio. Ambos términos son sinónimos. Santiago hace uso de una repetición para enfatizar su argumento de que Dios sólo da cosas buenas a su pueblo. Todo lo que es bueno y perfecto viene de Dios. Toda buena dádiva procede de sus manos. De Él no viene el mal, ni la tentación. De Él provienen todas las bendiciones espirituales y materiales que recibimos como regalos.

2. Dios da constantemente. La palabra “desciende” es un participio presente, que indica una acción constante, cuyo significado es: continúa siempre descendiendo. Dios no da sus dones sólo ocasionalmente, pero constantemente.⁶

En segundo lugar, Dios es trascendente. Aunque término “alto” sea un sinónimo de Dios, otra consideración debe ser hecha del mismo: este muestra la trascendencia de Dios. Él dijo a través del profeta Isaías: “**Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos**” (Is. 55:9). Esto significa, como

⁶ LOPES, Hernandes Dias. *Tiago: transformando provas em triunfo*. São Paulo: Hagnos, 2006, p. 27.

enseñó el teólogo Karl Barth, que del punto de vista metafísico no se puede hacer una analogía entre Dios y la criatura, es decir, no podemos explicar quién es Dios a través de nuestra razón o razonamiento. En el conocimiento analógico de Dios no se va más allá de la criatura, puesto que si se va más allá ya no se conoce por analogía. Siendo Dios absolutamente trascendente se hace estrictamente necesario, a fin de que el hombre pueda conocerlo, que Él mismo se revele a nosotros, y esto lo hizo por medio de Jesucristo nuestro Señor (vea Ju. 1:1-18).

En tercer lugar, Dios es el creador del cosmos. Santiago nos dice que todas las cosas buenas y perfectas proceden del **“Padre de las luces”** (1:17). Una vez más, el nombre divino es sustituido por un equivalente: Dios es el Padre de las luces. El don viene de Él, descendiendo para nosotros. Juan dice que Dios es luz y en Él no hay tiniebla alguna (1Ju. 1:5), lo que sólo refuerza la certeza de que la tentación nunca podría emanar del Altísimo. Pero Santiago va más allá de la metáfora. En realidad, el sentido aplicado por él hasta es diferente. Él no declara que Dios es luz, sino el **“Padre de las luces”**. Dios es el Padre de las luces porque creó los astros: el sol, la luna y las estrellas. El lenguaje es alusivo a Dios como Creador de las lumbreras (vea Gn. 1:14-18). Él es el Padre de lo que existe de lo que es más elevado en la creación, los astros que se ubican muy arriba de los hombres. Sin embargo quién los creó es más grande que estos y está por encima de estos, por ser **“el Padre de las luces”**.

En cuarto lugar, Dios es inmutable. El lenguaje cosmológico es confirmado por el final del versículo 17: **“en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”**. Dios no puede cambiar para peor, porque es santo, y no puede cambiar para mejor, porque es absolutamente perfecto. Dios no cambia su carácter ni esencia. Santiago también dice que no hay sombra de variación en Dios. Hasta los astros cambian, pero el Padre que los creó nunca cambia. ¡Siempre es lo mismo! Por tanto Dios no podría contaminarse o cambiar su naturaleza pasando a actuar con fines malignos, como es en el caso de la tentación.

En quinto lugar, Dios es soberano. Santiago así dice en el versículo 18: **“Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas”**. Aquí Santiago define positivamente cuáles son los dones de la bondad providencial de Dios: Él nos hizo nacer por la palabra de verdad. Es el nuevo nacimiento (vea Tt. 3:5; 1Pe. 1:3,23). Santiago dice que esta acción de Dios tiene origen en la iniciativa soberana: **“Él, de su voluntad”**.

Esta expresión proviene de solo una palabra griega derivada de *boulomai*. La traducción literal del verbo dice así: “habiendo querido”, en el sentido de deseado, determinado, decidido. Significa decir que Dios deliberadamente quiso esto, que Él tenía un propósito eterno de regenerarnos. Por eso que Pablo dice que **“conforme a su propósito”** fuimos llamados (Rm. 8:28).⁷ La salvación es la profunda voluntad de Dios. Fue su querer, su voluntad, lo que le llevó a salvarnos (vea Ef. 1:4-6). Dios quiere sólo nuestro bien.

⁷ LOPES, Augustus Nicodemus. *Interpretando a Carta de Tiago*. São Paulo: Cultura Cristã, 2006, p. 41,42.

Santiago dice que el medio para nuestra regeneración fue “la palabra de verdad” (vea 1Pe 1:23). ¿Qué es eso? El término “palabra de verdad” se refiere al conjunto de la revelación de Dios a los hombres y que se completó con la venida de Jesucristo, el clímax de la revelación.

Cristo nos rescató del poder del enemigo, y nos dio al Padre. Somos propiedad divina. Ya no pertenecemos a la potestad de las tinieblas. ¡Somos de Dios! No somos un regalo dado de forma irreflexiva, y recibido a regañadientes. Fue la voluntad de Dios que operó en el proceso de nuestro nuevo nacimiento, y fue su revelación consumada en Jesucristo que nos regeneró. Así que todo lo que tenemos de bueno, al empezar por la salvación y comunión, nos viene de Dios. Él nos ama y nos da lo que es bueno.

CONCLUSIÓN

Todos tenemos luchas en nuestra vida diaria, sea en nuestro trabajo, familia, relaciones afectivas, cuestiones financieras. En fin, hay una serie de aspectos involucrados en nuestra existencia con los cuales nos ocupamos en todo instante, y no pocas veces, tenemos la necesidad de resolver nuestros conflictos y dilemas. Generalmente cuando se habla de lucha es de esto que nos recordamos. Pero hay una batalla en curso y que ocurre en un nivel más profundo y sutil, y por eso es a menudo imperceptible. Esta guerra es descrita en Romanos 7, y versa sobre el choque entre la vieja criatura, que quiere emerger con todos sus impulsos, y el nuevo ser regenerado en Cristo, que camina hacia el Dios de amor, ya no viviendo para sí, sino para servir a aquél que murió y resucitó por él.

El consuelo es que no estamos solos en esta guerra. El Señor nos ha enviado su Espíritu. Tenemos aún a la Iglesia, la comunidad de los siervos de Jesús donde se debe encontrar apoyo, además de toda la armadura de Dios. Es urgente que busquemos todas estas armas con el fin de mantenernos firmes en aquél que es el autor y consumidor de la fe.

PREGUNTAS PARA DEBATE EN CLASE

1. ¿Por qué nadie puede decir que es tentado por Dios? ¿Hay una diferencia entre “tentación” y “prueba”? Santiago dice que “bienaventurado el varón que soporta la tentación”. Parece absurdo, pero ¿es posible ver algún beneficio cuando se es tentado? (v. 13).
2. Santiago dice que somos tentados por nuestro mal deseo, o concupiscencia. ¿Todo deseo es pecado? ¿Cuál es la materia prima utilizada por la tentación con el fin de producir el acto pecaminoso? ¿Cuál es el resultado de ceder a la lujuria? ¿Cuál es el fruto del pecado? (vs. 14,15)
3. ¿De dónde viene toda dádiva buena y todo don perfecto? En un mundo cambiante, ¿qué consuelo hay en la declaración de Santiago de que en Dios no hay sombra de variación? (v. 17)

4. Santiago dice que Dios, por su propia voluntad, nos hizo nacer de nuevo por medio de la palabra de verdad. ¿De qué manera eso nos habla sobre la voluntad soberana de Dios? ¿Cómo eso ocurre en nuestra vida? (v. 18)

5. Profundizando un poco más el tema, ¿qué podemos aprender de nuestro Maestro con respecto a la lucha contra la tentación? ¿Qué llevó a Jesús a incluir el tema de la tentación en la oración que enseñó a sus discípulos?